

LA NUEVA SOCIEDAD EUROPEA GLOBALIZADA: PRESIONES EXTERNAS Y CONTRADICCIONES INTERNAS

Quisiera agradecer en primer lugar a EUROBASK por la invitación, ya es la segunda vez, si no recuerdo mal, que he estado en una de sus jornadas y actividades, gracias por poder compartir esta mesa de tanto interés y tanto nivel.

A mí me pidieron que planteara los retos sociales en esta Europa globalizada en relación a los interrogantes que se presentan, tanto desde el punto de vista de las presiones externas como desde las contradicciones internas.

El debate que plantea EUROBASK no puede ser más oportuno y está muy bien planteado y en un momento muy propicio, básicamente, porque no estamos-y me imagino que muchos de ustedes coincidirán conmigo-ni mucho menos ante una crisis económica, sino ante algo bastante más serio. Estamos ante un cambio de época que tiene muchísimos elementos que van más allá, simplemente, de una coyuntura hipotética de recuperación económica.

Lo que queda claro es que no vamos a regresar al punto en el que estábamos, sino que las cosas han cambiado de tal manera, con tanta profundidad, con tanta intensidad y en tantos ámbitos que no creo que sea posible hablar de recuperación como si, simplemente, se tratara de volver al sitio en el que estábamos, como si hubiéramos superado un paréntesis, un paréntesis que fuera la crisis, y que volveríamos exactamente al sitio en el que estábamos en el 2006 o 2005. A caballo de un cambio tecnológico que ya se había ido estableciendo y consolidando en estos últimos años, estamos en un nuevo escenario, en un nuevo momento histórico. Como siempre, históricamente, estos cambios con un fuerte componente tecnológico acostumbran a generar alteraciones en las esferas del trabajo, relaciones familiares, estructura de relaciones sociales... y acaban teniendo efectos en el ámbito político, probablemente con un cierto retraso. Si quisiéramos poner un titular diríamos que tenemos nueva sociedad, nueva economía y vieja política. Y eso es algo que se puede constatar y se puede ver a muchos niveles.

También, evidentemente, en el proyecto europeo surgido en plena fase de lo que los franceses llaman, con una cierta añoranza, los "treinta años gloriosos", que fueron los años desde 1945 hasta 1975, cuando se pensó que era posible consolidar un modelo social europeo, un Estado de Bienestar sobre las bases del compromiso socialdemócrata y democristiano que, después de la II Guerra Mundial, establecería formas de relación, digamos, amigables entre una economía de mercado y unas políticas redistributivas que compensaran los impactos que generaba esa economía de mercado.

El artículo 9.2 de nuestra Constitución española lo establece con claridad: "los poderes públicos removerán los obstáculos que impidan que la libertad y la igualdad sean efectivas". Ese artículo, fundacional, de la lógica intervencionista del Estado es, en el fondo, un artículo que sigue la estela de otros artículos, muy parecidos, casi idénticos, como los de la Ley Fundamental de Bonn o de la Constitución italiana hechos muchos años antes que la Constitución española. En el fondo, creo que el modelo europeo surge de esa convicción, como luego comentaré, de que es posible conseguir una Europa distinta que no se vea sometida, esto me parece que es inútil recordarlo aquí, a los conflictos bélicos sobre la base de establecer vínculos, lazos, redes de intereses que eviten que se vuelva a producir lo que ya habíamos vivido por dos veces en Europa en pleno s. XX.

Creo que ese cambio de época tiene efectos muy importantes ya sea en el ámbito individual como en el ámbito colectivo. Se me sugería hablar de cambios sociales y de impactos en la sociedad.

Desde el punto de vista individual las personas, hoy, en Europa, y probablemente en muchas partes del mundo, no pueden ser iguales a lo que eran las personas hace unos cuantos años. ¿Desde qué punto de vista? Básicamente, lo recoge una cuestión clave que han planteado tanto Bauman como Beck, por citar dos referencias en este tema, y que se define como un proceso de creciente individualización. Estamos ante una sociedad que, si la comparamos con la de 20, 30, 40 o 50 años antes, es una sociedad mucho más individualizada, es decir, con trayectorias vitales, con procesos de tránsito vital en los cuales la gente viaja menos acompañada, más sola por la vida. Donde las esferas de socialización no tienen el papel que jugaban antes, lo cual tiene ventajas e inconvenientes. Las ventajas son que los destinos vitales de las personas están menos marcados que antes. Antes podíamos decir que, en muchos casos, el destino vital de una persona venía totalmente condicionado dependiendo del sitio donde nacía. Hay una novela que ahora tiene bastante éxito en Cataluña que se titula "Olor de colònia" (olor de colonia) y que no tiene nada que ver con el perfume, sino que cuando habla de colonia habla de una colonia textil del Llobregat. En esa novela se explica muy bien lo que es la "sociedad fordista". Una sociedad en la cual cuando naces en una estructura de clase propia de una factoría –las colonias textiles en el Llobregat eran un microcosmos donde estaba la fábrica, el sitio donde la gente vivía, la escuela, las tiendas,...– dependiendo de dónde y en qué familia nacías podías saber perfectamente cuántos años estudiarías, con quién te casarías y de qué trabajarías; y en el 95% de los casos ese era tu destino, había muy pocas posibilidades de escapar de ese destino. También tenía ventajas ya que eso marca seguridades y genera lazos de solidaridad y de reciprocidad entre la gente, pero, es evidente, esto ha cambiado enormemente. Hace muy poco tiempo derribaron los últimos espacios que existían aún de la fábrica de neumáticos Pirelli en Vilanova i la Geltrú y se reunieron, de esto hace tres o cuatro años, tres generaciones de vilanovinos que habían trabajado en la fábrica de Pirelli –abuelos, padres e hijos– algo insólito en la sociedad actual.

Mi hija mayor, que tiene 25 años, tiene unos pocos meses cotizados en la seguridad social y acumula muchos más trabajos que meses cotizados. Al lado de la carta de cotización de la seguridad social figuran los más de diez trabajos que ha tenido que hacer para acumular esos pocos meses. Mis alumnos, llevo muchos años en la universidad, antes me decían "profesor, he encontrado un trabajo" y ahora me dicen "profe, he pillado un trabajo y la semana que viene no vendré". Es distinto tener un trabajo que "pillar" un trabajo y un trabajo que te "despilla" en una semana porque esa es la entrada y salida constante de la gente. Por lo tanto, a nivel individual hay muchos factores que pueden considerarse positivos. Entre ellos, la sensación de que tienes por delante un camino a recorrer, puedes ser un emprendedor –alguien decía que, ahora, a una persona que no encuentra trabajo la llamamos emprendedor porque tiene que buscarse el trabajo– y esa lógica tiene muchos inconvenientes, pero también sus ventajas, no hay trabajo que te esté esperando, sino que tienes que construir tu trabajo y es un escenario totalmente distinto del que veníamos. No estoy hablando de mis tres hijas que tienen 19, 23 y 25 años, sino que estoy hablando del 60% de jóvenes en España de 16 a 20 años que están en situación de disponibilidad o del 40% si llegamos desde los 16 a los 25 años. Por lo tanto, estoy hablando de un cambio muy importante desde el punto de vista individual en el campo del trabajo. Supongo que ustedes conocen el libro de Richard Sennet "La corrosión del carácter" que explica muy bien lo que significa pasar de un trabajo relativamente estable a una lógica de precariedad, a una lógica de constante discontinuidad, de esa falsa autonomía del trabajador que rompe lazos, vínculos, solidaridades y reciprocidades y genera por lo tanto lógicas muy complejas de relación.

También es obvio que en el ámbito familiar ese cambio es muy perceptible. Cada vez más tenemos estructuras familiares más diversificadas y menos reconocibles con lógicas concretas. A veces digo en broma que cuando mi primera hija llegó al colegio público al que iba, existía la novedad de la AMPA, se pasó de la Asociación de Padres de Alumnos a la Asociación de Madres y Padres de Alumnos, y esa fue una gran novedad, mientras que con mi hija pequeña ya no existía el AMPA, sino que se llamaba la Asociación de Familiares de Alumnos porque vete a saber quién era exactamente el que iba a buscar al alumno en cuestión. Era más políticamente correcto hablar de Asociación de Familiares de Alumnos que de Asociación de Madres y Padres de Alumnos. Creo que es un factor importante que explica la existencia de elementos de diversificación y lo podemos relacionar con la brutal heterogeneidad en los barrios y ciudades, en muchos casos con cambios muy significativos. En estos momentos en el barrio en el que yo nací, en El Raval de Barcelona, (nací en la calle Hospital) el

54% de la población que vive allí no es autóctona, con la visión de autóctono todo lo diversificado que se quiera. Y es un cambio espectacular desde muchos puntos de vista.

Incluso en el ámbito educativo –estoy hablando de trabajo, familia, barrio y escuela, que serían los espacios de socialización clásicos de las personas– si algo ha quedado claro es que no hay una fase educativa que tengamos que relacionar con un momento vital determinado, sino que la educación se extiende a lo largo de toda la vida y requiere cambios constantes en la forma de adaptarse a una realidad que cambia con esa velocidad. Incluso los propios hitos vitales están cuestionados y eso altera muchísimo las perspectivas individuales de las personas.

Recuerdo que hace muchos años, en el año 1993, escribí un libro para el IMSERSO que se llamaba “La vejez como oportunidad” y un año antes había salido otro libro que hablaba de las etapas de la vida y decía que hay una etapa de los proyectos que es la etapa infantil y juvenil, una etapa de las realizaciones que es la fase adulta y una fase de los recuerdos y de prepararse para morir que es la fase de las personas mayores. Ahora lo tenemos complicado para identificar estas fases. Definir por ejemplo cuándo acaba la juventud es un tema complicado. La Generalitat da ayudas de acceso a la vivienda para jóvenes hasta los 35 años pero el Departamento de Agricultura considera que a los agricultores la juventud se les acaba a los 45 años, porque hay ayudas para agricultores jóvenes hasta los 45 años. Sin embargo, en algunas industrias te prejubilán a los 50 con lo cual la fase adulta es una fase que parece que tienda a la extinción. Tenemos una complejidad creciente en esta fase de realizaciones y en cambio la fase de recuerdos y de prepararse para morir se nos ha alargado enormemente. Como bien sabéis, la edad de jubilación a los 65 años la fijó Bismarck Prusia en 1889 cuando la esperanza de vida en Prusia en aquel momento era de 45 años, con lo cual el Sr. Bismarck estaba tranquilo en relación a las pensiones. Pero nosotros en este momento tenemos más de 8.000 personas en España que tienen más de 100 años y la esperanza de vida de las mujeres es de más de 83 años y la de los hombres de más de 81. Y estoy hablando de ahora y no de lo que los demógrafos consideran que va a pasar en el año 2030 donde la esperanza de vida estará alrededor de los 90 años.

Creo que estos son elementos significativos y simplemente los he apuntado a nivel individual para referirnos a aquellos espacios más importantes de las personas: el trabajo, la familia, la ciudad –a la cual antes aludía Javier de Lucas como la primera comunidad política– o la educación y la escuela como elementos de cambio importantísimos.

También en los ámbitos colectivos o comunitarios los efectos del cambio de época se dejan sentir de manera muy clara. Es evidente que tenemos una estructura de relaciones sociales más debilitada y más frágil. Aumentan el riesgo, la fragilidad y las vulnerabilidades; y hay menos lazos y menos estructuras de solidaridad y de reciprocidad que antes. Se han debilitado en parte los lazos comunitarios y esto es un elemento negativo de lo que desde mi punto de vista es un factor positivo: el aumento de la autonomía individual-considero que es muy distinto considerar negativo el individualismo que la individualización, ya que la autonomía individual es un valor que hemos de entender como positivo y hacia el cual se ha de tender debidamente. No obstante, es también evidente que tiene los riesgos del déficit relacionales, de la pérdida de lazos, de vínculos, de la idea de una menor capacidad social para atender a aquellas personas que en una sociedad más individualizada pueden tener más fragilidad, acumular vulnerabilidades y generar lógicas de exclusión, no siempre relacionadas con la pobreza. Hay situaciones de exclusión que son exclusiones relacionales. Si os acordáis, hace 2 o 3 años en Francia hubo un verano especialmente caluroso en el que se considera que murieron más del doble de personas mayores de lo que era normal y en muchos casos no era porque la pensión fuera pequeña –más bien era el doble de la que tenemos aquí en muchos casos en España-, sino porque la gente no se dio cuenta de que esa puerta no se abría, de que esa persona no salía a comprar. Es decir, había una situación de aislamiento y de soledad que en muchos casos provocó situaciones no previstas en otros casos.

Pero, quizás, lo más claro es que ese cambio de época ha provocado una recomposición en negativo de los equilibrios entre Estado, mercado y sociedad. Venimos de una tradición liberal/democrática en la cual la idea de Estado (John Locke) se relacionaba bien con una idea de mercado (Adam Smith) –esa coalición escocesa digamos– sobre la base de considerar que el Estado era necesario para

asegurar en el ámbito del mercado-mercado que al mismo tiempo también cubría el Estado nación— los acuerdos, los contratos entre privados. Ese era el papel del Estado mínimo. En estos momentos estamos en una situación, obviamente, muy distinta. Tenemos un mercado, podríamos decir, globalizado y un Estado que, en cambio, sigue siendo como Jellinek describía con sus atributos de población, territorio, soberanía. Por lo tanto, es un mercado que es capaz de moverse trans-estatalmente y aprovecha enormemente, lo estamos viendo cada día, la fragmentación y la obsolescencia de esa capacidad reguladora del Estado que se circunscribe a los ámbitos del territorio en el cual funciona. Este es un elemento central, el desequilibrio que esto genera en las lógicas de funcionamiento colectivo.

En este escenario, ¿cuál es el papel que juega Europa? Es obvio que Europa en los últimos años ha favorecido, desde mi punto de vista, factores y elementos positivos de la autonomía individual. Destacaría, por ejemplo, la sensación de muchas personas de que viven en un escenario que va más allá de los límites de su ciudad, comunidad autónoma, Estado. Es decir, la experiencia de la generación de mis hijas es una experiencia europea: Erasmus, viajar, aprender idiomas y tener contactos a nivel internacional es algo mucho más habitual que lo que yo recuerdo en mi época. Hay una sensación de que formas parte de una comunidad que va más allá de lo que son las fronteras propias de lo que eran los límites reconocidos y eso es un elemento de reforzamiento de las capacidades de autonomía individual y de que las trayectorias vitales no se agotan en un ámbito determinado, sino que tú tienes un mundo a tu disposición. Europa ha contribuido enormemente a ello, a pesar de que tiene sus puntos negativos en relación a Schengen y otras cuestiones que podemos considerar, pero ha favorecido esos elementos desde el punto de vista positivo.

En cambio, en lo colectivo diríamos que respecto a esa pérdida o erosión de los equilibrios entre Estado, mercado y sociedad, Europa tenía una cierta dosis de esperanza. Desde el inicio, recordemos la Comunidad Económica del Carbón y del Acero y el Mercado Común, la idea de que podías construir un mercado que fuera más allá del ámbito estatal estaba presente en la cuestión europea porque se partía de la hipótesis de que a través de la lógica de los outputs, de los intereses, se podría acabar construyendo una sensación de pertenencia y, por lo tanto, no era necesario plantearse desde el principio algo que parecía imposible hacer en los años 50 o 60 que era la idea de si había o no una identidad europea. Por lo tanto, esa construcción del Estado más clásica —como dijeron alguna vez después de la revolución francesa “ahora que ya tenemos Francia vamos a hacer franceses” o como decían los italianos después de la unificación de Italia desde Piamonte “ahora vamos a construir sentido nacional y vamos a aprovechar para construir una identidad nacional”— nunca se quiso abordar desde Europa, y se fió el proceso a que la propia lógica, la trabazón de intereses, lazos y vínculos económicos acabara generando un sentido de pertenencia que evitara tener que plantearse algo que parecía muy complicado y que era ¿qué es ser europeo? y ¿cuáles eran los elementos de *inputs* sobre la construcción de un Estado o de una lógica estatal que fueran más allá de los límites de los Estados nación?

Durante muchos años se ha reflexionado sobre esto y, de hecho, el modelo social europeo es, en buena parte, el intento de extender al ámbito europeo algo que formaba parte de ese pacto socialdemócrata democristiano al cual aludía anteriormente. Es decir:

- un nivel impositivo relativamente alto,
- una política fiscal relativamente alta acompañada de políticas redistributivas relativamente significativas,
- unos servicios públicos de carácter universal,
- una protección social significativa en temas de enfermedad, vejez, paro, desempleo y maternidad,
- unos derechos laborales importantes que reconocieran como claves el papel de los sindicatos y, por tanto, el diálogo social en el funcionamiento de ese Estado, y
- un cierto compromiso de estabilidad económica utilizando políticas monetarias y políticas fiscales como mecanismos de estabilidad.

Estos elementos conforman ese modelo económico y social europeo que estaba en la base de la hipótesis de que si todo ocurría satisfactoriamente podríamos ir avanzando en ese proceso, a pesar de que los puntos de partida de cada quien, e incluso los modelos de bienestar de cada quien, eran

bastante distintos. Por lo tanto se fió ese proceso a que el déficit democrático se podría cubrir sobre la base de las lógicas de outputs, como decía antes, de las políticas redistributivas, de hecho todas las políticas y los planes de equilibrio territorial, de inversión que desde países más potentes económicamente se hicieron en relación al sur tenían ese significado.

Muchos consideran que la ampliación de Europa hacia el Este, el paso de la Europa de los 15 a la Europa de los 27, fue un cierto reconocimiento de que eso iba a ser difícil de seguir haciendo en el futuro y, por lo tanto, se escogió un perfil menos alto en cuanto a las posibilidades de construcción de esa Europa federal a la que antes aludía Javier de Lucas. Muy al contrario, se adoptó una lógica de perfil bajo, vamos a mantener lo que podamos, vamos a seguir articulando lo que podamos y fiémonos de nuestra capacidad de seguir siendo competitivos –la cumbre de Lisboa siguió esa lógica– y al mismo tiempo ser capaces de mantener la cohesión social porque ese es nuestro modelo distintivo: la competitividad económica y el modelo social.

La creación del euro, de alguna manera, significó una cierta culminación de la perspectiva del output y de la senda económica de construcción europea pero, al mismo tiempo, está significando el límite también de esa construcción. Yo diría que, en estos momentos, tenemos una situación en la cual los déficits de construcción política están pesando enormemente.

El cambio de época al cual antes aludía ha dejado muy al descubierto las fragilidades de ese proceso. Y, además, el mercado global está aprovechando sin compasión las fragilidades, las fragmentaciones, las grietas, las fisuras del modelo de construcción europeo. Es obvio que estos días los mercados han avanzado muchísimo más que la política en su capacidad de ingeniería financiera especuladora, mucho más que los procesos de ingeniería constitucional e institucional europea. No sé si habéis tenido ocasión de ver un documental que se titula “Inside job” en el cual se muestran las capacidades imaginativas del mercado que es capaz, no solamente de hacer pagar por los recursos que te da, sino que es capaz de ganar dinero sobre la hipótesis de si vas a pagar o no esa deuda, y además simultáneamente. En estos momentos la falta de regulación global o supraestatal existente explica que los Estados se hayan convertido para los mercados en una gran fuente de negocio, son capaces de jugar al hecho de debilitar a un Estado determinado, a hacerle pagar más por la deuda y además especular sobre si va a pagar o no, si va a hacer default, si no lo va a hacer. Sobre esto la capacidad de los Estados es mínima. Decía Xavier Vidal-Folch¹ en un artículo, que os recomiendo el jueves pasado en El País, que la Unión Europea podría intentar evitar que la gente especulara sobre las deudas que no son propias. Que yo pueda jugar mi dinero diciendo que Silvia no va a pagar la deuda a pesar de no tener nada que ver Silvia, es espectacular. Eso es lo que genera que millones de euros estén moviéndose en el mundo –sobre la base de una especulación que no tiene nada de real ni de productiva y que tiene una base estrictamente financiera– ante la incapacidad de los Estados para afrontar esa situación.

Lo que esto está generando es un proceso muy complicado de miedos y de grandes dificultades para seguir el proceso de construcción europea porque los incentivos políticos están situados a escala Estado-nación y los políticos que tienen que tomar decisiones miran más hacia el interior de sus propios Estados que hacia la lógica europea. Por lo tanto, en esa situación lo que parecería evidente que es que a la política monetaria común tuviera que seguirle una política fiscal cada vez más unitaria o acordada y una política social que fuera al albur de esta política monetaria no está siendo así.

Con lo cual, lo que habíamos celebrado como gran invento institucional que era el método de coordinación abierta cuando llegamos al punto en el que estamos parece que dicho método no funciona, porque no es ni de coordinación ni es abierta. Cada uno está yendo a lo suyo y está tendiendo a mirar primero a su propia casa y dentro de su propia casa a los que primero estaban en esa casa.

Hay problemas en cuanto a lo construcción europea por parte de los países con más capacidad económica ya que están dispuestos a hacer más caso a partes importantes de la opinión pública de

¹ http://www.elpais.com/articulo/economia/corran/gorrazos/elpepico/20110707elpepico_2/Tes

sus propios Estados que les piden que no sigan alimentando un proceso europeo en el cual se está pagando a los que derrochan recursos, acusando a los países del sur de Europa de no ser capaces de atender de manera productiva a sus niveles de gasto y de derroche. De alguna manera eso se está viendo por parte del demos de los países más ricos como una forma de erosionar su capacidad de ahorro y sus perspectivas de futuro. Evidentemente esto se traslada al nivel de los respectivos dirigentes de la UE y va apareciendo esta lógica de euroescepticismo creciente o, simplemente, de visión más propia de cada uno de los Estados. El partido finlandés auténtico pide atender antes las necesidades de los finlandeses que las de Europa y esto se puede ver en relación con el crecimiento de la xenofobia en toda Europa y con matices menos crudos es la visión, podríamos llamarla, ciudadanista de “primero los de casa” y que está viéndose en políticas muy concretas, por ejemplo en el caso de muchas ciudades de Cataluña (Reus, Barcelona, Badalona) en las cuales empieza a surgir esa lógica. Sin embargo, esta cuestión plantea algunos problemas, ya que no sabemos muy bien cuándo ni dónde empieza esto de ser de casa,

El otro día apareció un artículo en el cual personas tan significativas como Giuliano Amato, Zygmunt Bauman, Ulrich Beck, Jürgen Habermas, David Held y Bernard-Henri Lévy firmaban un manifiesto² diciendo que Europa necesita una nueva capacidad de liderazgo y unas políticas que no solo sean, utilizando un término de Krugman, las “políticas del dolor”, las políticas de más y más austeridad que son las que se están siguiendo, porque la propia lógica estadocéntrica (de cada nación estado mirándose al interior) provoca ese miedo a asumir algo que sería una política de expansión del gasto que requiere una escala superior a la del Estado nación y con una lógica de liderazgo político que este conjunto de intelectuales encontraban echaban en falta.

Otro artículo aparecido hace muy poco decía que los líderes europeos en cada uno de los países pueden empezar a tener la sensación de que es una lástima que no puedan disolver al pueblo porque las cosas irían bastante mejor, ya que se podrían aplicar mejor las medidas que están pensadas, y que, básicamente, reconocen que mucha gente no va a encontrar trabajo. El otro día, CiU en la campaña electoral en Cataluña prometió que en cuatro años rebajaría a la mitad el número de parados. El Consejero de Ocupación y Empresa nos aclaró los términos de esa promesa porque dijo que él entendía que la mitad de los que estaban en paro en Cataluña nunca iban a encontrar trabajo con lo cual quitaba una parte importante del compromiso simplemente diciendo que esas personas no iban a encontrar nunca trabajo y por tanto ¿para qué esforzarse? Simplemente porque o no querían trabajar o porque no tenían la formación necesaria para encontrar trabajo en la nueva época en la que estábamos.

La sensación de que lo único que se nos pide son más y más sacrificios va a ir creando una lógica de conflictividad creciente en el interior de los propios países europeos y; o se es capaz de entender que el reto es ser capaz de tomar otra escala y afrontar de manera más colectiva y con más unión y, por lo tanto, generar lógicas de regulación que vayan por encima del límite de Jellinek; o, probablemente, las dificultades políticas van a crecer de manera evidente. El mensaje de no hay trabajo, los salarios son demasiado altos, hay que trabajar más años y más horas, hay que reducir el gasto sanitario y hay que pagar por el sistema educativo sin que además exista una alternativa política que dé respuesta a esto es realmente patético desde el punto de vista del futuro de muchos países donde se están lanzando este tipo de mensajes.

Intentaré no caer en el pesimismo, pero la pregunta en estos momentos es ¿para qué necesitamos Europa si ya no nos promete ni significa ni más prosperidad, ni más solidaridad, ni más estabilidad, ni más democracia? Si la perspectiva europea que se nos presenta es la de mantener esa lógica de mínimos ¿Para qué necesitamos Europa? Se puede recuperar la idea de Europa si recuperamos la idea de una prosperidad distinta, de una idea no de crecimiento continuado y persistente, sino de una lógica de buscar otro tipo de prosperidad, si somos capaces de mantener lazos de solidaridad, si somos capaces de mantener estabilidad y sobre todo si somos capaces de no pensar que el futuro es una Europa con democracia de baja intensidad, sino una Europa que mantenga lógicas democráticas a las que estamos acostumbrados.

² <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2011/jun/22/eu-leadership-tackle-crisis-austerity>

Por lo tanto, ¿cuál es el futuro? Creo que hay un futuro que sería el pesimista, el de “sálvese quien pueda”, que nos llevaría a una reconsideración del proyecto europeo y a un progresivo abandono del proyecto europeo, sobre todo por parte de los Estados que tengan más posibilidades de hacerlo, y que, por lo tanto, la tendencia a salir de esa Unión como algo negativo en la situación actual pueda verse incrementada. Ese es el peor escenario y al que menos me apuntaría, pero no digo que no sea posible que se dé ese escenario.

Hay un segundo escenario. Un autor alemán tan potente e influyente en la lógica de la construcción europea como es Fritz Scharpf, alude a la idea de pasar del método de coordinación abierta a escala de todos los países europeos a generar procesos de métodos de coordinación más desiguales en relación a las condiciones de cada país. Lo que dice es que es imposible que los países nórdicos o Alemania puedan estar de acuerdo en mantener lógicas de integración que vayan desde Bulgaria o Rumanía hasta Portugal, Grecia o España pasando por Gran Bretaña. Esto es muy difícil y hay que establecer la lógica de la Europa de varias velocidades y establecer acuerdos entre países que sean más cercanos donde sí sea posible mantener lógicas de coordinación abierta y avanzar en procesos de regulación, algunos más compartidos que otros-al igual que ya pasa ahora con el euro, no todos los países están en la moneda- y se evitaría que se detenga el proceso de construcción de la Unión Europea y siga avanzando con lógicas de más realismo.

El tercer escenario, que seguramente es el más difícil pero al que yo me apuntaría más entusiastamente sería el de la construcción de una Europa federal con un liderazgo político fuerte y que fuera capaz de superar los obstáculos que hasta ahora han impedido ese proceso. Para ello es imprescindible algo que no ha ocurrido hasta ahora y que es un proceso de movilización social que crea en Europa como una alternativa potente. Lo que hemos visto aquí con el movimiento del 15-M es algo que no tiene por qué no pasar en el resto de Europa. Acaba de salir un artículo en *The Economist* hablando de la protesta del 15-M, aludiendo a que es el inicio de un proceso que se va a dar en toda Europa y habla de los que protestan más tempranamente en Europa entendiéndolo que ese es un proceso que va a seguir dándose. Hemos de ser conscientes de que Internet ha cambiado la manera de relacionarse políticamente. Internet no es, simplemente, un nuevo instrumento de comunicación, sino que significa y forma parte del cambio de época y hay formas de relación política que son más horizontales, menos institucionales y que son capaces-lo hemos visto en el caso del 15-M- de generar movilizaciones y procesos de movilización política que no tengan que pasar forzosamente por la intervención de los partidos políticos. Esto se ha dado en los países del Norte de África pero se puede dar con mayor fuerza aquí si se dan las condiciones para que se encuentren plataformas relativamente parecidas, independientemente de si las llamamos o no indignados, pero es evidente que hay una sensación de promesas incumplidas –como decía Norberto Bobbio cuando hablaba de las promesas incumplidas de la democracia- y que son hoy muy claras y hay una sensación de que desde el punto de vista institucional no se es capaz de dar respuesta a ese cambio y ahí es donde este tercer escenario podría tener alguna posibilidad.

Si miramos el proceso de construcción de EEUU, algunos consideraran que tardó 80 años en consolidarse el modelo americano de estado federal, los conflictos de los inicios de los Estados Unidos de América entre los que querían ir más rápido o más despacio, los que querían atender más a los Estados, los que querían unos Estados Unidos más federalistas,... fueron muy importantes y ahí también estaba en juego el mercado, el no mercado... Si tomamos como ejemplo el caso americano podemos decir que necesitamos un poco más de paciencia. Pero no es exactamente lo mismo hablar de esto a finales del s. XVIII y durante el s. XIX que durante la época de internet y en el proceso de globalización en el que estamos. Por lo tanto, la paciencia tiene límites y esperemos que todos seamos capaces de entender que, sin nuestra fuerza y nuestra capacidad de presión, el peor de los escenarios puede ser posible y para mí sería acabar con la perspectiva y el sueño europeo.

